

men del mariscal Davout, sintióse ofendido á causa de los pocos miramientos de éste por el parentesco imperial, y le hizo un público desaire determinando que la división de Compans obedeciera las órdenes de Murat mientras estuviese en la vanguardia.

Desde Viasma se emprendió el movimiento hacia Ghjat el 31 de agosto. Sobre el camino y en Czarewo Zaimitche se esperaba encontrar á los rusos. Al llegar allí vióse que ya habían partido como de Viasma y como de Dorogobouga. Sin embargo, no causó extrañeza y se resolvió seguirles con la seguridad de darles alcance muy pronto. Efectivamente, todos los rezagados que eran cogidos referían unánimemente que el ejército iba á dar batalla, y que para decidirse á ella sólo aguardaba los refuerzos enviados del centro del imperio. En esta misma jornada la caballería ligera apoderóse de un cosaco artillero á las órdenes de Platow. Como parecía muy inteligente, deseando el emperador dirigirle preguntas durante la marcha, ordenó que se le diese un caballo y le hizo colocar entre él y Mr. Lelorgne d'Ideville, intérprete agregado al cuartel general. Ignorando el cosaco la compañía en que se hallaba, porque la sencillez de Napoleón nada tenía que pudiera revelar á una imaginación oriental la presencia de un soberano, explícitamente con la familiaridad más extremada sobre las cosas de la presente guerra. Contó cuanto se decía en el ejército ruso de las divisiones de los generales, supuso que hasta Platow había dejado de ser amigo de Barclay de Tolly, ponderó los servicios de los cosacos, sin los cuales, según afirmaba, ya hubieran sido vencidos los rusos; aseguró que dentro de poco habría una gran batalla, que si se daba antes de tres días, los franceses saldrían vencedores, pero que si se daba más tarde, sólo Dios sabía los resultados de ella. Añadió que los franceses, según se decía, llevaban por jefe á un general Bonaparte, acostumbrado á vencer á todos sus enemigos; pero que se iban á recibir inmensos refuerzos para hacerle cara, y que acaso esta vez sería menos venturoso, etc. Esta conversación, en la cual se reflejaban de la manera más natural y más original todas las ideas que circulaban en el ejército ruso, interesó mucho, é hizo sonreír varias veces al poderoso interlocutor del joven cosaco. Queriendo probar el efecto de su presencia sobre este hijo del Don, dijo Napoleón á Mr. Lelorgne d'Ideville que le revelara que precisamente el personaje á cuyo lado iba era el general Bonaparte. No bien el intérprete le impuso en el secreto, quedó el cosaco como acometido de un desmayo, no profirió palabra y caminó con los ojos siempre fijos sobre aquel conquistador cuyo nombre había penetrado hasta él por entre las estepas del Oriente. Toda su locuacidad pasó de pronto, para ceder el puesto á una admiración sencilla y silenciosa. Después de recompensarle, hizo Napoleón que se le diera libertad, como se le da á un pájaro en los campos que vieron su nido (1).

(1) La repugnancia que me inspira todo lo que no es rigurosa verdad en historia, me hubiera impedido referir esta anécdota inapreciable, á pesar de la ventaja de pintar al vivo el estado moral de las masas con las cuales íbamos á trabar la pelea, si de su autenticidad no estuviera muy seguro. Bastantes años ha que me la refirió el propio Mr. Lelorgne d'Ideville con los pormenores que transcribo, y quizá ni este recuerdo, que tiene ya veinte años de fecha, bastara para decidirme á contarla si no la hubiese hallado reproducida por entero y con muchas particularidades en la corres-

Durante esta jornada llegó la vanguardia á Ghjat, pequeña ciudad provista de recursos, especialmente en granos, y que hubo tiempo de arrancar á las llamas. A otro día, que era el 1.º de septiembre, fué el cuartel general á establecerse en este punto. Una repentina lluvia convirtió el polvo de los campos moscovitas en un lodo espeso, donde se metían bastante los soldados. Espantado Napoleón de las pérdidas de hombres y de caballos al seguir el avance, resolvió detenerse en Ghjat dos ó tres días. Su intención era ya seguir hasta Moscou á los rusos, segurísimo de encontrarlos, aun cuando fuera á las mismas puertas de aquella capital, y determinados á defenderla á muerte. No había, pues, motivo alguno que impulsara á correr sin aliento para tomarles la delantera, y era mucho mejor llegar más en número y con menos fatiga al terreno del combate. De consiguiente previno á todos los jefes que allegaran sus rezagados; que por medio de listas rigurosas averiguaran el número de combatientes que se podían poner en línea; que pasaran revistas de armas y recontaran las municiones; que por el medio ordinario del merodeo se proveyeran de víveres para dos ó tres días, y finalmente que dispusieran el cuerpo y el alma de sus soldados á la gran lucha que se preparaba. A mayor abundamiento la esperaban aquellos valientes soldados según todas las relaciones de las avanzadas, y no se necesitaban muchos esfuerzos para disponerlos á ella, pues la deseaban ardientemente y consideraban que debía poner término á sus fatigas y ser una de las más insignes jornadas de su vida gloriosa.

Efectivamente, llegada era la hora de esta batalla y resueltos estaban á darla los rusos. Ya la hubieran dado en Czarewo-Zaimitche si un nuevo cambio sobrevenido en su ejército no produjera un retardo de algunos días. Este cambio tenía su origen en San Petersburgo, en el seno mismo de la corte de Rusia.

Expulsado Alejandro de su ejército en cierto modo, se había trasladado á Moscou para desempeñar allí el papel que se le había propuesto como el más adecuado á su dignidad y el más útil á la defensa del imperio, el de entusiasmar y sublevar á las poblaciones rusas contra los franceses. Llegado á Moscou convocó allí á los cuerpos de la nobleza y de los comerciantes, á fin de pedirles pruebas eficaces de su adhesión al príncipe y á la patria. Encargado fué el gobernador Rostopchín de estas convocatorias, y ningún trabajo le costó inflamar los ánimos poseídos de patriótica furia al ver en camino de la capital al enemigo. Ante el emperador Alejandro, viniendo á reclamar el apoyo de la nación contra un invasor extranjero, todos prorrumpieron en gritos de amor y en sollozos. La nobleza votó el alistamiento de un hombre por cada diez en sus tierras, el

pendencia íntima de Mr. Lelorgne d'Ideville con Mr. de Basano. Por Mr. de Basano fué colocado Mr. Lelorgne d'Ideville al lado del emperador en clase de intérprete secretario, y todas las noches pagaba su deuda á Mr. de Basano, refiriéndole cuanto había pasado durante todo el día, sobre todo respecto de la persona de Napoleón. Mr. Lelorgne d'Ideville habla vivido mucho tiempo en Rusia, conocía la lengua del país perfectamente, y durante esta marcha sobre Moscou fué constantemente á caballo al lado del emperador. Así era uno de los testigos que más interesaba oír sobre esta campaña, y su correspondencia es uno de los restos más preciosos. Dirigida á Wilna, no le cupo la mala suerte que á los papeles de Napoleón, quemados ó destruidos al paso del Berezina. (N. del A.)

comercio votó considerables subsidios, y con estos hombres y este dinero se debía formar una milicia, y se calculaba que en el gobierno de Moscou ascendería á ochenta mil hombres. Estos alistamientos, independientes de los que el emperador iba á ordenar en los dominios de la corona, debían ser imitados en todos los gobiernos no ocupados por el enemigo. Después de recibir tales testimonios de sincero y ardiente patriotismo, dirigióse Alejandro á San Petersburgo para dictar allí las providencias que exigía aquella especie de levantamiento en masa y para presidir la dirección general de las operaciones militares. La nobleza, residente en la capital entonces, se componía de viejos rusos, á quienes la edad forzaba á vivir lejos de los campos; y se extasiaba de haber traído á Alejandro al centro del imperio, de tenerle hasta cierto punto bajo su mano, lejos de las fuertes impresiones del campo de batalla, lejos sobre todo de las seducciones de Napoleón, pues siempre se temía que una entrevista en las avanzadas, la noche después de perdida una batalla, le hiciera caer de nuevo en los lazos de la política de Tilsit. MM. Araktchejev, Armfeld, Stein, todos consejeros rusos ó alemanes, que después de la salida de Wilna fueron á aguardar á Alejandro á San Petersburgo, le rodeaban, le tenían por decirlo así asediado, y no le hubieran consentido una resolución en concordancia con sus pasiones. Un gran refuerzo de influencia hallaron en lord Cathcart, el general que había mandado el ejército británico delante de Copenhague y que iba á representar á Inglaterra en San Petersburgo después de la paz de esta potencia con la corte de Rusia.

Esta paz se había celebrado en un momento inmediatamente después de la ruptura de las hostilidades; pero no antes, según había prometido á Mr. Lauristón el emperador Alejandro. Pactóse entre Mr. de Suchtelen, representante de Rusia, y Mr. Thorton, agente inglés enviado á Suecia, y se estipuló el concurso de todas las fuerzas de las dos naciones para el éxito de esta guerra. Lord Cathcart llegó tan luego como la paz quedó firmada. El lenguaje de este embajador y de los consejeros alemanes, apoyado por el príncipe real de Suecia, consistía en decir que en esta guerra no se triunfaría sino á fuerza de perseverancia, que se perderían batallas, una, dos, tres acaso; pero que bastaría ganar una sola para que los franceses quedaran destruidos, avanzados como se hallaban en el interior del imperio. Alejandro, que se sentía herido en el fondo del alma por el modo altanero con que Napoleón le trataba de dos años á esta parte, por la insensibilidad visible con que sus deseos de paz habían sido acogidos, se hallaba decidido, ahora que la guerra estaba empeñada, á no ceder y á resistir hasta el último extremo. Tenía confianza en el sistema de retirada continua, había comprendido su trascendencia y quería seguirle, sin caer en la inconsecuencia de que actualmente daban ejemplo sus compatriotas. Con efecto, al par que se prevalían cotidianamente de la ventaja que había de producirles su retirada á las profundidades del imperio y atraer allí á los franceses, no se prestaban entretanto á todos los sacrificios que esta clase de guerra imponía. A la verdad se necesitaba resignarse á una especie de humillación pasajera, la de retrogradar de continuo, y además á pérdidas crueles, porque no eran solamente las desgracia-

das ciudades de Esmolensko, de Viasma, de Ghjat, las que padecían las consecuencias de esta táctica ruinosa, sino también los señores, propietarios de las granjas y de las aldeas situadas al paso de los franceses, en una zona de doce ó quince leguas de anchura. En toda esta región no quedaban más que cenizas, porque lo que los franceses salvaban de las llamas, de seguida quemábanlo ellos mismos por negligencia; y por una contradicción singular, cuando se debiera comprender la necesidad de estos sacrificios y de aplaudir á los generales que dirigían la retirada, destruyéndolo todo sobre su camino, se les llamaba cobardes ó traidores, que no se atrevían á mirar de cara á los franceses y que tenían por mejor oponerles ruinas que sangre.

Habiendo Alejandro de ser responsable de la dirección de la guerra desde su ausencia del ejército, sobre el infortunado Barclay de Tolly recaía todo lo odioso de los últimos sucesos militares. Haber perdido á Wilna, á Vitebsk, á Esmolensko sin batalla, estar en retirada sobre el camino de Moscou, entregar el corazón del imperio al enemigo sin inmolarse millares de hombres, era un crimen, una traición verdadera, y las masas, al pronunciar el nombre de Barclay de Tolly, que no era ruso, decían que no había por qué asombrarse de tantos reveses, pues todos los extranjeros al servicio de Rusia la hacían traición, y que así era menester deshacerse de ellos. Este grito popular resonaba, no sólo en el ejército, sino en las ciudades y en los campos, y sobre todo en San Petersburgo. A los exaltados se habían unido los envidiosos para denunciar á Barclay de Tolly como autor de la catástrofe de Esmolensko. ¿Y qué podía allí el desventurado? Nada, según se ha visto. Había sacrificado doce mil rusos para que esta pérdida no se consumara sin una copiosa efusión de sangre, y su yerro, caso de que lo hubiera, consistió en hacer este sacrificio porque Esmolensko no era capaz de formal defensa. Sin embargo, fuerza es que en las desgracias públicas resulte alguien culpado, y la muchedumbre escoge á menudo por víctima al valeroso y buen ciudadano, al único que sirve á su país con provecho. Estas miserias no son peculiares de los Estados libres, sino que también corresponden á los Estados donde hay masas ciegas, y tantas existen por lo menos bajo el despotismo como en cualquier parte.

De consiguiente, Barclay de Tolly estaba perdido. Hasta las personas sensatas opinaban por sacrificarle, al ver el desencadenamiento de que era blanco y la insubordinación que en el ejército resultaba de todo. En medio de este delirio un nombre andaba de boca en boca, y era el del general Kutusof, ese veterano tuerto, á quien el almirante Tchitchakoff había reemplazado junto al Danubio, que anteriormente perdió la batalla de Austerlitz, y que sin embargo, por su nombre esencialmente ruso, y por su cualidad de antiguo discípulo de Sonvrow, había llegado á ser el favorito de la opinión pública. Lo singular es que se ignoraba que la batalla de Austerlitz se había perdido á pesar suyo, pues el público no sabía que había aconsejado no darla; pero la pasión no necesita de buenas razones: siempre es ella la mejor razón por sí propia. Conviene añadir, no obstante, que Kutusoff había restablecido las cosas de los rusos en su última campaña contra los turcos, y que, á pesar de sus setenta años, de estar completamente gastado por



la guerra y por los placeres, de modo que apenas se podía tener á caballo, y de ser profundamente corrompido, falso, pérfido, embustero, tenía prudencia consumada, arte para imponer á los hombres, como es necesario en tiempos de pasión, hasta el extremo de haber llegado á ser ídolo de los que anhelaban la guerra de batalla, aun siendo él partidario acérrimo de la guerra de retirada. Pero nadie le aventajaba en el don de cautivar los ánimos, de dirigirlos, de dominarlos, fingiendo pasiones que no tenía, de oponer á Napoleón la paciencia, única arma con que se podía batirle, y de usarla sin enseñarla. La Providencia, que sin duda había condenado á Napoleón en sus inexcrutables designios; la Providencia, que en las extremidades de la península le había reservado por adversario un espíritu firme y sensato, sólido como las rocas de Torres Vedras, que tal era lord Wellington, le reservaba en las profundidades de la Rusia, no un carácter incontrastable, como se necesitaba en las extremidades de la península, donde no era posible el retroceso, sino un antagonista astuto y paciente, flexible como el espacio en que había de engolfarse, sabiendo á la vez ceder y resistir, capaz, no de vencer, pero sí de engañar á Napoleón, y de vencerle por engañarle. No opone iguales al genio la Providencia cuando ha resuelto castigarle, sino inferiores, instrumentos bien elegidos de la fuerza de las cosas, como si quisiera castigarle más vigorosamente, haciéndole sucumbir ante adversarios que no se le acercan ni con mucho.

Así, pues, el viejo Kutusoff era el segundo adversario que iba á detener á Napoleón á la otra extremidad del continente europeo, y forzoso es reconocer que jamás la pasión popular en sus manías irreflexivas se había engañado menos que al designar á Kutusoff para la elección del emperador de Rusia. Cuando decimos la pasión popular, no pretendemos dar á entender que el populacho de San Petersburgo se subleva para imponer una elección á Alejandro, bien que el pueblo semibárbaro de aquellas comarcas tomara una parte considerable y legítima en las circunstancias del momento; pero la pasión puede tener carácter popular hasta en una corte. De seguro lo tiene cuando cuerdos y locos, mozos y ancianos, hombres y mujeres, exigen una cosa sin saber por qué, la exigen por un hombre, por recuerdos mal apreciados y casi nunca por las buenas razones que podrían ser alegadas. De esta suerte los círculos más elevados de la capital, conmovidos por la toma de Esmolensko, pedían á Kutusoff, que desde su vuelta de Turquía se había puesto muy hipócritamente á la cabeza de la milicia de San Petersburgo, y se ofrecía así á todas las miradas. Alejandro no tenía en él confianza alguna; sólo conservaba impresiones funestas de la campaña de 1805, no le había hallado ni firme ni hábil sobre el terreno, porque no lo era Kutusoff realmente, y sólo tenía un mérito, muy grande sin duda, el de ser por extremo prudente en la dirección general de una guerra, lo cual no era capaz de reconocer entonces el emperador Alejandro, extraviado como estaba por algunos jóvenes calaveras. Sin embargo, vencido por la opinión, decidióse á elegir á Kutusoff para mandar en jefe los dos ejércitos de Bagratión y de Barclay, quedando estos dos generales por comandantes de cada uno de ellos. Por jefe de estado mayor se le dió el general Benning-

sen, que había seguido á Alejandro á San Petersburgo, y cuyo carácter, á pesar de infaustas memorias, correspondiera bastante á las pasiones del momento si llevara un nombre ruso.

Tan luego como fué nombrado, se dirigió el general Kutusoff al ejército, y su llegada á Czarewo-Zaimitche fué la que impidió que se diera allí la batalla. Siguiendo de cuartel-maestre general el coronel Toll, halló en las cercanías de Mojaisk, á veinticinco leguas de Moscú y en un lugar llamado Borodino, una posición tan defensiva como se podía esperar en el país, escasamente quebrado, donde se hacía esta guerra; y el general Kutusoff, que aun desaprobando la idea de batirse entonces, se hallaba resuelto á admitir una batalla para rehusar después otras muchas, adoptó la elección del coronel Toll, dirigióse personalmente á Borodino y dispuso que se ejecutaran obras de campaña para añadir las defensas del arte á las de la naturaleza. Quince mil hombres acababa de llevar allí el general Miloradowitch de los batallones de depósito y de reserva, que debían ingresar en los cuadros del ejército. Igualmente acababan de llegar cerca de diez mil hombres de las milicias de Moscú, armados de picas y todavía sin uniforme.

Este refuerzo hacía subir á un efectivo de ciento cuarenta mil hombres el ejército ruso, muy debilitado, no sólo por los combates de Esmolensko y de Valoutina, sino también por las continuas marchas, en las cuales padecía casi tanto como nosotros, aunque estaba perfectamente alimentado. Establecido así en Borodino el viejo Kutusoff detrás de trincheras de tierra, aguardaba á Napoleón con aquella resignación de la prudencia, que, al cometer una falta, la comete porque la considera necesaria y sólo piensa en disminuir todo lo posible sus daños.

Estos pormenores conocidos por Napoleón en globo, gracias al uso que sabía hacer del espionaje, le persuadieron que más allá de Ghjar encontraría al ejército ruso apercebido á la pelea. Sin embargo, los días 1, 2 y 3 de septiembre hizo un tiempo tan horroroso que hubo de vacilar en su resolución un instante. Todos se lamentaban en el ejército del estado de los caminos, por los cuales nuestra artillería y nuestros equipajes rodaban con tanta facilidad poco antes, y que las últimas lluvias habían transformado de súbito en una especie de pantano.

A millares morían los caballos de inanición y de fatiga; la caballería menguaba á vista de ojo, y lo peor era que podía temerse por los transportes de la artillería, sin la cual se imposibilitara de todo punto una gran batalla. Fríos é incómodos se habían hecho los vivaques y dañosos á la salud de los hombres. Napoleón culpaba de ello á sus lugartenientes. Con viveza había reconvenido al mariscal Ney, que perdía cotidianamente algunos centenares de soldados. Colocado su cuerpo entre el del mariscal Davout, que se hallaba provisto á medias por la extremada previsión de su jefe, y la guardia, cuyas provisiones la seguían en carros, estaba reducido á vivir de lo que recogía, y se debilitaba tanto por el merodeo como pudiera por una sangrienta batalla (1). Vengóse

(1) Este cargo sobrado injusto, pues el mariscal Ney no podía gran cosa, se halla contenido en una carta que trasladamos, por-

el mariscal poniendo con razón de manifiesto las penalidades de esta marcha larga en demasía, y escribiendo á Napoleón que no se podía seguir adelante sin exponerse á que el ejército pereciese. A Ney se unió Murat, quien tenía sobre sí no escasa parte de los males que originaban tales quejas. Berthier, que ya no se atrevía á decir palabra, confirmó su testimonio con un mustio silencio y Napoleón respondió ya casi vencido: «Pues bien, nos detendremos, si el tiempo no cambia mañana.» La cual significaba que venía el principio de la mala estación y retornaría á Esmolensko. Nunca el favor de la fortuna, que le deparó ora la bruma, entre la cual se escapó su flota de Nelson cuando iba á Egipto, ora el pequeño camino por donde pudo girar en torno del fuerte de Bard, ora el sol de Austerlitz, resplandeciera de un modo más visible que enviándole ahora tres ó cuatro días más de malísimo tiempo. ¡Ah, la fortuna no le amaba ya lo bastante para depararle una contrariedad de esta especie! A la mañana del 4 de septiembre salió el sol radiante, al par que soplaban un viento fuerte y capaz de secar los caminos en algunas horas. «¡La suerte está echada!, exclamó Napoleón. ¡Marchemos, vamos al encuentro de los rusos!» Y prescribió á Murat y á Davout que partieran á eso de mediodía, cuando estuvieran secos por el sol los caminos, y que se dirigiesen á Gridnewa, que media la distancia entre Ghjat y entre Borodino. Todo el resto del ejército tuvo orden de seguir el movimiento de la vanguardia.

Con efecto, marcharon todos obedeciendo al destino, y fueron á pernoctar á Gridnewa. Al otro día, 5 de septiembre, se pusieron de nuevo en marcha y se encaminaron hacia la llanura de Borodino, lugar destinado á

que revela el verdadero estado del ejército. La copiamos de la minuta de los archivos con todas sus incorrecciones.

Ghjat, 3 de septiembre de 1812.

«Al mayor general.

»Primo, escribid á los generales con mando de cuerpos de ejército que todos los días perdemos mucha gente, á causa de la falta de orden que existe en el modo de ir á buscar subsistencias; que urge que se concierten con los diferentes jefes de cuerpo las providencias que haya que tomar para poner término á un estado de cosas que amenaza al ejército con su destrucción; que sube á muchos centenares el número de prisioneros que nos coge todos los días el enemigo; que conviene prohibir bajo las penas más severas que se extravien los soldados, y enviar en busca de víveres como prescribe la ordenanza que se haga respecto de los forrajes, por cuerpos de ejército cuando el ejército se halla reunido y por divisiones cuando está separado; que un oficial general ó superior debe mandar el forraje para los comestibles, y una fuerza bastante debe proteger la operación contra los paisanos y los cosacos; que en cuanto se pueda, siempre que se encuentren habitantes se les pida lo que hayan de suministrar, sin causar al país más daño; por último, que este objeto es tan importante que en bien de mi servicio espero del celo de los generales y de los jefes de cuerpo la adopción de todas las providencias capaces de poner término al desorden de que se trata. Escribiréis al rey de Nápoles, que manda la caballería, que es indispensable que ésta cubra enteramente á los forrajeadores, y ponga así á los que vayan á buscar víveres á cubierto de los cosacos y de la caballería enemiga. Recomendaréis al príncipe de Eckmül que no se aproxime á más de dos leguas de la vanguardia: le haréis conocer que esto es importante para que los forrajeadores no vayan á buscar víveres demasiado cerca del enemigo. En fin, daréis á entender al duque de Eichingen que todos los días pierde más gente que si se diera batalla; que de consiguiente es necesario que se arregle mejor el servicio de los forrajeadores y que no se alejen tanto» (N. del A.)

TOMO VIII

ser tan famoso como los de Zama, Farsalia ó Accio. En el camino encontraron una célebre abadía, la de Kolotskoi, enorme edificio flanqueado de torres y cuyas tejas coloradas contrastaban con el tinte sombrío del paisaje. Muchos días hacía que marchábamos sobre las elevadas mesetas que separan las aguas del Báltico de las del mar Negro y el Caspio, y á partir desde Ghjat, se empezaban á descender las vertientes, desde donde el Moskowa á la izquierda, el Protwa á la derecha, se lanzan por el Oka al Volga y por el Volga al mar Caspio. Efectivamente, el suelo se inclinaba al parecer hacia el horizonte, y se cubría de una banda de selvas espesas. Medio velado el cielo por ligeras nubes de otoño daba á esta llanura un aspecto triste y salvaje. Todas las aldeas estaban incendiadas ó desiertas. Sólo quedaban en la abadía de Kolotskoi algunos monjes. Dejóla el ejército á la izquierda y metióse por la llanura, siguiendo el curso de un riachuelo medio seco, el Kolocza, que rectamente corría delante de nosotros, es decir, hacia el Este, dirección en que no habíamos cesado de andar desde el paso del Niemen. Algunas retaguardias de caballería, después de cierta resistencia vencida pronto, se lanzaron hacia la derecha del Kolocza, y corrieron á agruparse á la falda de una colina fortificada, donde se hallaba un grueso destacamento como de quince mil hombres de todas las armas.

Napoleón se detuvo á contemplar esta llanura, donde se iba á decidir la suerte del mundo. Delante de nosotros y rectamente corría el Kolocza, según se ha dicho, sobre un lecho alternativamente fangoso ó seco: junto á Borodino tuerce á la izquierda, durante una legua baña el pie de alturas bastante escarpadas, y después de mil rodeos acaba por perderse en el Moskowa. A nuestra izquierda las alturas, cuyo pie baña el Kolocza, parecían cubiertas de tropas y de artillería. A la derecha de este riachuelo continuaba la cordillera de cumbres; si bien menos escarpadas, marcando su falda simples barrancos. La línea del ejército ruso seguía esta prolongación de cumbres; siendo allí menos fuerte el sitio de suyo, eran más considerables las obras, y grandes reductos armados de cañones coronaban las eminencias del terreno. Al primer golpe de vista se conocía que por este lado se necesitaba atacar á los rusos, porque había sólo que cruzar barrancos y no el Kolocza. Sin duda los reductos que se divisaban muy bien armados oponían un obstáculo grave, mas no ciertamente invencible para los franceses.

Sin embargo, para trasladarse á la derecha del Kolocza, se hallaba el primer tropiezo en un reducto más avanzado que los demás y construído sobre una colina, á la cual se había replegado la retaguardia rusa. Napoleón creyó necesario tomarlo sin demora, con el fin de poderse establecer holgadamente sobre aquella parte del llano, y adoptar allí sus disposiciones para la gran batalla. A la mano tenía la caballería de Murat y la hermosa división de infantería de Compans, destacada momentáneamente del mariscal Davout para servir en la vanguardia. Napoleón hizo llamar á Murat y á Compans, y encomendóles que se apoderaran de seguida de este reducto, llamado Schwardino, porque se alzaba cerca de la aldea de este nombre. Murat con su caballería, Compans con su infantería habían ya pasado el Kolocza y se encontraban á la derecha de la llanura.



Se aproximaba la caída de la tarde. Los escuadrones de Murat forzaron á la caballería rusa á replegarse, y limpiaron así el camino delante de nuestra infantería. Sobre un montecillo que se elevaba enfrente del reducto que iba á ser atacado, situó el general Compáns sus piezas de á 12 y algunos tiradores escogidos, para desmontar la artillería contraria derribando á sus artilleros. Después de un cañoneo muy vivo el general Compáns desplegó los regimientos 57 y 61 de línea á la derecha, y los 25 y 111 á la izquierda. Primeramente se necesitaba descender á un pequeño barranco, y después tornar á subir al lado opuesto, sobre el cual estaba construído el reducto, y no sólo tomarlo, sino desbaratar á la infantería rusa alineada en batalla de un lado á otro.

Dirigiendo personalmente el general Compáns los regimientos 57 y 61, y fiando al general Dupellin el 25 y el 111, dió orden de cruzar el barranco. Nuestras tropas avanzaron pronto y serenamente bajo un fuego muy nutrido. Cubiertas en el fondo de la quebrada, cesaban de estarlo al trepar la cuesta que coronaba el reducto. Llegadas á la cumbre, cambiaron con la infantería rusa descargas extremadamente mortíferas de fusilería por espacio de algunos instantes y casi á boca de jarro. Juzgando el general Compáns muy fundadamente que sería menos sangriento un ataque á la bayoneta, dió la señal para la carga; pero entre el estruendo y el humo, su orden fué mal entendida. Al notarlo trasladóse á todo galope hacia el regimiento 57, como el más cercano al reducto, y puesto á su cabeza le condujo á bayoneta calada sobre los granaderos de Woronzoff y del príncipe de Mecklemburgo. Lanzado el 57 á paso de carga rompió la línea enemiga que se le oponía delante: su ejemplo imitó el 61, que estaba á su lado, y haciendo otro tanto el 25 y el 111 á nuestra izquierda, hallóse el reducto rebasado por este doble movimiento, lo cual le hizo caer en nuestras manos. Casi todos los artilleros rusos murieron sobre sus cañones. Pero habiéndose adelantado mucho el regimiento 111 hacia la izquierda, fué atacado repentinamente por los coraceros de Douka y puesto un instante en peligro. Inmediatamente se formó en cuadro, y con una granizada de balas detuvo á los valerosos jinetes que se le acababan de echar encima. Un regimiento español de infantes, llamado de José Napoleón, y que pertenecía á la división del general Compáns, corrió bravamente en auxilio de sus camaradas, pero no tuvo que hacer ningún esfuerzo á causa de bastar el 111 á libertarse por sí solo. Sin embargo, tuvo un pesar el 111, y fué el de perder su artillería regimentaria compuesta de dos cañoncitos, que no pudo traer consigo, al replegarse para formar un cuadro. Nueva prueba era ésta de los vicios de institución semejante, que absorbía por regimiento un centenar de hombres, los cuales fueran de más provecho en las filas de la infantería que agregados á piezas que servían malamente y que no sabían llevar adelante ni retirar á tiempo. Napoleón se había obstinado en que esta institución se conservara, á pesar de sus inconvenientes notorios, porque consideraba la artillería como el medio menos costoso de destruir á la infantería rusa.

Este combate corto y glorioso, en que sucumbieron de cuatro á cinco mil hombres por nuestra parte y de siete á ocho mil por la del enemigo, nos hizo señores

de toda la llanura á la derecha del Kolocza, y Napoleón se apresuró á establecer el ejército sobre ella. Sólo se destinaron para permanecer á la izquierda del Kolocza las tropas que aún no habían llegado. La actitud de los rusos, en posición de dos días atrás sobre las alturas de Borodino, las obras con que estaban cubiertos, los informes de los prisioneros, todo corroboraba la certidumbre de que al fin se iba á tener la batalla, deseada á la vez por los franceses, que esperaban sacar de ella un resultado decisivo, y por los rusos, que estaban avergonzados de retirarse de continuo y cansados de arruinar su país á fuerza de incendiarle. No pudiendo ya dudar Napoleón de esta batalla creyó deber tomar un día entero de reposo, ora para allegar á los hombres que se habían quedado á la espalda, ora para reconocer maduramente el terreno. Anunciada su intención á los jefes de cuerpo, vivaqueóse de derecha á izquierda de esta vasta llanura, con la perspectiva de un completo descanso al día siguiente y de una espantosa batalla al otro. Se encendieron grandes hogueras y se necesitaban de seguro, pues caía una menuda y fría lluvia que recalaba los vestidos. Así acabó el día 5 de septiembre.

Al amanecer del 6, el sol, que no se mostraba radiante sino á mediodía, velándolo nubes, así por las mañanas como por las tardes, iluminó de nuevo millares de cascos, de bayonetas, de cañones sobre las alturas de Borodino, y satisfizo el descubrir siempre en posición á los rusos evidentemente determinados á la pelea. Napoleón, que había vivaqueado á la izquierda del Kolocza y en medio de su guardia, montó desde muy temprano á caballo rodeado de sus mariscales para practicar por sí mismo el reconocimiento del terreno sobre el cual se iba á medir con los rusos.

Después de recorrerle con la mayor atención dos veces y de echar á menudo pie á tierra, para observar más de cerca los lugares, afirmóse en la idea, concebida desde el primer instante, de descuidar la izquierda, donde la posición de los rusos, fuertemente escarpada, se hallaba protegida desde Borodino por el lado profundo del Kolocza, y trasladarse á la derecha, donde las colinas menos salientes estaban defendidas por barrancos sin profundidad y sin agua. El camino real de Moscou, seguido por nosotros, se dilataba á la izquierda del Kolocza hasta Borodino, y allí pasaba á la derecha, y elevándose por encima de la meseta de Gorki, atravesaba la cordillera de cumbres, para caer sobre Mojaik. Esta parte de la posición, que formaba su centro, era tan poco accesible como la parte de la izquierda. Alejándose de Borodino y trasladándose á la derecha del Kolocza, empezaba á ser el terreno más abordable. A la derecha del Borodino el primer montículo estaba cubierto de espesa maleza á su falda, terminaba en forma de meseta bastante espaciosa en su cima, y sobre ella tenía un reducto vasto, cuyos lados se prolongaban en cortinas. Veintiuna bocas de fuego de grueso calibre llenaban sus troneras. No habían tenido los rusos tiempo de empalizarlo y su relieve no era muy saliente á causa de ser poco sólido el terreno. En la batalla memorable que se preparaba, debía recibir el nombre de gran reducto. Otro montículo se hallaba, declinando todavía más á la derecha, separado del primero por un pequeño barranco, llamado de Semenoffskoie, porque, al remontarlo, se hallaba en su origen la aldea de este

nombre. Este segundo montículo, menos ancho y más saliente que el primero, tenía encima dos flechas, erizadas también de cañones, y otra al respaldo y de cara al barranco de Semenoffskoie. Esta aldea, situada en el nacimiento del barranco que separaba los dos montecillos, había sido previamente incendiada por los rusos, ceñida de una cerca de tierra y armada de cañones. Hasta cierto punto formaba ángulo entrante en la línea enemiga. Finalmente, más á la derecha se extendían

cuerpo del príncipe Poniatowski, el cual siempre había formado la extrema derecha del ejército. Su intención era que sobre este punto desembocara una fuerza inquietadora para los rusos, y más inquietadora aún si por allí salía bien el ataque.

Mientras ordenaba estas disposiciones, el mariscal Davout que, metiéndose por los bosques, acababa de operar un exacto reconocimiento de los lugares, y se había así convencido de la posibilidad de coger la vuelta



El príncipe Kutusoff-Smolenski

bosques á lo lejos, unos de tallares, otros de alto arbolado, y por medio de ellos se divisaba el camino antiguo de Moscou, que por la aldea de Outitza iba á juntarse con el nuevo en Mojaik. Posible fuera coger por aquel lado la vuelta en su posición á los rusos; pero aquellos bosques eran hondos, escasamente conocidos, y se necesitaría de un larguísimo rodeo para penetrar en su espesura.

Habiendo fijado Napoleón sus ideas, después de esta inspección de los lugares repetida muchas veces, resolvió no dejar más que muy pocas fuerzas á la izquierda del Kolocza, ejecutar un ataque bastante formal hacia el centro por Borodino, por el camino nuevo de Moscou, á fin de atraer allí la atención del contrario, y dirigir su principal esfuerzo hacia la derecha del Kolocza, tanto sobre el primer montecillo, coronado por el gran reducto, como sobre el segundo, que tenía encima las tres flechas, y encaminar por entre los bosques al mismo tiempo y hacia el antiguo camino de Moscou el

de la posición á los rusos, ofreció á Napoleón ejecutar con sus cinco divisiones el rodeo que conducía al antiguo camino de Moscou por entre los bosques; prometió que, partiendo de noche, estaría sobre el flanco de los rusos á las ocho de la mañana con cuarenta mil hombres, que los arrollaría sobre su centro, y los arrojaría en tropel al ángulo formado por el Kolocza y el Moskowa. Aunque el Kolocza estaba seco por muchos puntos, y el Moskowa, sin estar seco, era vadeable, les fuera difícil salir de semejante atolladero y no salvaran ni un cañón de seguro.

Seductora era la propuesta y de éxito probable, porque la posición de los rusos, casi inatacable hacia su derecha y su centro, bastantemente defendida hacia su izquierda por los reductos ya descritos, no era de fácil acceso más que hacia la extrema izquierda por los bosques de Outitza, y estos bosques no se podían suponer impenetrables, cuando un hombre tan exacto como el mariscal Davout se comprometía á atravesarlos durante